

LECCIÓN 8

18 de enero de 1967

Hoy volveré sobre la operación que introduje la última vez bajo el término de *alienación*, para articularla una vez más y con mayor insistencia.

En lo que les expongo, la *alienación* es el punto pivote y, primeramente, en el sentido en que ese término transforma el uso que se le ha dado hasta aquí. Es el punto pivote gracias al cual puede y debe mantenerse para nosotros el valor de lo que, bajo la perspectiva del sujeto, puede llamarse la INSTAURACIÓN FREUDIANA, el paso decisivo que el pensamiento de Freud y, más aún, la praxis que se mantiene bajo su patronato con el nombre de psicoanálisis aportaron de decisivo una vez, a nuestra consideración.

Hablaremos de un pensamiento que no es *yo*:¹ tal es, desde un primer abordaje impreciso, la manera como se presenta lo inconsciente. La fórmula es ciertamente insuficiente. Tiene el valor de introducir, en el pivote de lo que Freud produce para nosotros como decisivo, ese término de *yo*. Por supuesto, esto no debe permitirnos, sin embargo, contentarnos con esta fórmula tan vaga aún cuando poética (que además sólo se la extrae de su contexto poético con un poquito de abuso siempre): no es decirlo todo adelantar que “*Yo es otro*”.² Por eso es necesario dar al respecto una articulación lógica más precisa.

Ya lo saben, la función del Otro (tal como lo escribo con esa A mayúscula ubicada en la esquina, arriba, a la izquierda de nuestro tablero, hoy) es su función determinante.

No solamente es imposible articular justamente la lógica del pensamiento tal como la experiencia freudiana la establece, sino que es igualmente imposible comprender cualquier cosa de lo que ha representado en la tradición filosófica, tal como ha llegado a nosotros hasta Freud, es imposible situar justamente lo que representó ese paso que pone en el centro de la reflexión la función del sujeto como tal, si no hacemos entrar en juego esta función del Otro tal como la

¹ Como en el capítulo anterior, se señalarán únicamente las ocasiones en que “yo” es “*moi*”; en los demás casos ha de suponerse “*je*”[T.]

² Arthur Rimbaud; Cartas a Izambard del 13 de mayo y a Demyeny del 15 de mayo de 1871, *Œuvres complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, p. 248 y 250.

defino cuando la marco con esa A mayúscula, si no nos acordamos que yo llamo *Otro* marcado así, lo que toma función de ser el LUGAR DE LA PALABRA.

¿Qué quiere decir esto? Nunca volveremos suficientemente sobre esto aún cuando crea yo haberlo remachado un poco:

Cuando Freud nos habla de este pensamiento que no es *yo*, por ejemplo, a nivel de lo que él llama *los pensamientos del sueño*, los *Traumgedanken*, parece decirnos que este pensamiento queda singularmente independiente de toda lógica.³ Subraya primero que, así mismo, su sistema no carga con la contradicción. Otra vez, se articula más de un rasgo: los que dicen, a primera vista, que la negación como tal no podría representarse allí y que igualmente la *articulación causal*, la *subordinación*, el *condicionamiento*, parecen huir de lo que aparentemente se encadena de esos pensamientos y no puede ser vuelto a hallar en su hilo más que por las vías de la más libre asociación. Ahí hay algo que sólo recuerdo porque para muchos allí se encuentra aún la idea que se admite sobre lo que concierne al orden de lo inconsciente. Pero, de hecho, hablar del vínculo desanudado que presentarían los pensamientos que localizamos a nivel de lo inconsciente, que son en efecto los de un sujeto, o deben serlo, decir que esos pensamientos no siguen las leyes de la lógica no es más que un abordaje primero, el cual supone algo que es más bien una antinomia con un real preconcebido o, más bien, una preconcepción de lo que deberían ser las relaciones de todo pensamiento con lo real.

Lo real, pensamos nosotros (aquí está el buen y justo orden de toda eficacia del pensamiento), debería imponerse al pensamiento. A decir verdad, esto resulta en demasía del presupuesto de una lógica pedagógica que se funda en un esquema de la adaptación, para no justificar al mismo tiempo que Freud, al hablarle a mentes que no se habían formado más que como podrían estarlo sus oyentes habituales, se refiera a ello, pero que así mismo, para toda reflexión que dé cuenta de la diferencia que hay respecto a la relación de un sujeto cualquiera con lo real (por el hecho de que éste, sujeto, sólo se funda, sólo se establece en la medida en que están ya, en ese real y ejerciéndose como tal, los poderes del lenguaje), nos obliga a llevar nuestro interrogante más lejos.

El paso que nos hace dar Freud no es ciertamente menos sorprendente; a decir verdad, sólo adquiere el valor que funda la sorpresa que conviene que experimentemos al escucharlo, si

³ Freud S., *La interpretación de los sueños* [1900], cfr. pág. 285 y ss.: [VI. El trabajo del sueño], Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

articulamos más precisamente lo que él renueva de las relaciones del *pensamiento* con el *ser*. Tema seguramente de actualidad en ese momento por el discurso de tal de los filósofos contemporáneos, Heidegger en primer plano, pero seguramente en el ruido que se hace en torno a lo que él articula, esa sería la forma más ingenua de traducir lo que él llama, como ese no sé qué llamamiento que debería, en ese giro en que nos hallamos, venir del Ser mismo al pensamiento, para que éste último resulte renovado, para que rompa con lo que lo ha llevado, al hilo de lo que le ha sucedido desde hace unos tres mil años, a no sé qué sin salida donde ya no se captaría a sí mismo en su esencia, y donde se podría interrogar, como lo hace Heidegger, *Was heisst Denken? ¿Qué quiere decir pensar?*, no esperar la renovación del sentido de esa palabra *pensar* más que de no sé qué accidente trans-metafísico, que llevaría a un vuelco total todo lo que el pensamiento ha trazado. Seguramente, ese no es el sentido del texto de Heidegger y, para quienes se detengan allí, se podría evocar la humorística e irrisoria metáfora que sería la de la muchacha que no conoce otra forma de ofrecerse más que la de extenderse sobre una cama con los miembros de par en par, esperando que la iniciativa llegue de aquel a quien ella piensa ofrecerse de esta manera, no es una aventura tan rara en un tiempo de mediocre civilización y todo el mundo sabe que el personaje que se encuentra confrontado allí ¡no por ello se siente especialmente estimulado a intervenir! Convendría que el pensamiento no tenga una imagen del mismo tipo pero que consienta en recordar que, no sin algo de dificultad tienen lugar las verdaderas conjugaciones.

De hecho, se trata en efecto de algo que ha de contribuir a ese problema del ser, que nos aporta el camino que trazó Freud. Pero –volveré sobre esto– no sin calibrar la juntura, las consecuencias resultantes para el pensamiento de ese decisivo paso, de ese paso zanjado que es el que hemos llamado, por una especie de convención históricamente fundada, el paso cartesiano, a saber, el que limita la instauración del ser como tal al del *yo soy* que implica el puro funcionamiento del sujeto del *yo pienso* como tal, por cuanto da esa apariencia (pues no es más que una apariencia) de ser transparente a sí mismo, de ser lo que podríamos llamar un *soy-pensamiento*. Permítanme con ese neologismo traducir o soportar de manera caricatural lo que habitualmente es llamado “conciencia de sí”, término que resuena mal e insuficiente ante el uso que le permite la composición alemana de *Selbst-bewußtsein*. Pero, así mismo, a nivel de Descartes y del *cogito*, se trata propiamente de un *soy-pensamiento*, de ese *yo pienso*, que sólo se sitúa en el momento en que ya sólo se soporta al articular “yo pienso”.

Es de la continuación de la consecuencia de esto, en tanto que está ahí, proceder decisivo, que se trata; quiero decir, que es en un pensamiento determinado por ese paso primero que se inscribe el descubrimiento de Freud.

Hablé del Otro... Es claro que a nivel del *cogito* cartesiano hay un poner a cargo del Otro las consecuencias de ese paso. Si el *cogito ergo sum* no implica lo que Descartes escribe con todas sus letras en sus *Regulae* (donde se leen tan bien las condiciones que las determinaron a todas en tanto pensamiento), si el *cogito* no se completa con un *sum, ergo Deus est* (lo que seguramente hace las cosas más fáciles), no es sostenible. Y, sin embargo, si no es sostenible como articulación (quiero decir, filosófica) no quita que el beneficio se ha obtenido; del proceder que reduce a este estrecho margen del ser pensante, en la medida en que piensa poderse fundar, a partir de este único pensamiento, como *yo soy*, queda que algo se ha obtenido, cuyas consecuencias se leen, de hecho muy pronto, en una serie de contradicciones. Porque es justamente el lugar para señalar, por ejemplo, que el pretendido fundamento de la simple intuición que vería distinguidos radicalmente la *cosa extensa* de la *cosa pensante* (la primera como la que se funda en una exterioridad de una a otra de sus partes, en el fundamento *partes extra partes*, como característica de lo extenso) es, con poco detalle, aniquilado por el descubrimiento newtoniano, del cual creo que no se subraya lo suficiente que la característica que le da a lo extenso es precisamente que en cada uno de sus puntos, si puedo decirlo, ninguna masa ignora lo que sucede en el mismo instante en todos los demás puntos. Paradoja ciertamente evidente y que dio a los contemporáneos, y muy especialmente a los cartesianos, muchas dificultades para admitirla, reticencia que no cesó y donde se demuestra algo que para nosotros se completa ciertamente con lo siguiente: que la *cosa pensante* se nos impone, precisamente por la experiencia freudiana, como siendo, ELLA⁴, no ya esta cosa siempre señalada por una unificación indefectible sino, muy al contrario, como marcada, caracterizada por estar despedazada, hasta ser despedazante, por llevar en sí esa misma marca, que se desarrolla y en cierta forma se demuestra en todo el desarrollo de la lógica moderna. A saber, que lo que llamamos la *máquina*, en su funcionamiento esencial, es lo más parecido a una combinatoria de notaciones y que esta combinatoria de notaciones es para nosotros el más preciado fruto, lo más indicativo del desarrollo del pensamiento.

⁴ Este “ella” no se requiere como tal en la traducción. Se trata aquí de *la cosa*, y cuando más podría trasvasarse como “...siendo *ésta* no ya una cosa...” Se incluye tal cual porque aparece enteramente en mayúsculas en el texto francés.

Aquí Freud aporta su contribución al demostrar lo que resulta del funcionamiento EFECTIVO de esta faceta del pensamiento. Quiero decir, de sus relaciones no ya con el sujeto de la demostración matemática, del que recordaremos enseguida cuál es su esencia, sino con un sujeto que es el que Kant llamaría *sujeto patológico*, es decir, con el sujeto en tanto puede padecer este tipo de pensamiento. El sujeto sufre del pensamiento en tanto, dice Freud, lo *reprime*. El carácter despedazado y despedazante de este pensamiento reprimido es lo que nos enseña nuestra experiencia diaria en el psicoanálisis.

Por eso, hacer presente como fondo de nuestra experiencia no sé qué nostalgia de una unidad primitiva, de una pura y simple pulsación de la satisfacción en una relación con el Otro, que es aquí el único que cuenta y al que se lo imagina, se lo representa como el Otro de una relación nutricia, es una mitología burda y deshonesto. El paso siguiente, más escandaloso, si puedo decirlo, aun cuando primero, que se vuelve necesariamente lo que sucede, lo que se articula en la teoría psicoanalítica moderna a lo largo y a lo ancho: ¡la confusión de este Otro nutricional con el Otro sexual!

No hay en verdad salvación – si puedo decirlo – del pensamiento, preservación posible de la verdad introducida por Freud (pero también honestidad técnica) que no pueda, que no deba fundarse en la distancia con esa burda engañifa, con ese escandaloso abuso que representa, con una especie de pedagogía a contrapelo; uso deliberado de una captura por una especie de ilusión especialmente insostenible ante quienquiera eche un ojo directamente sobre lo que es la experiencia psicoanalítica.

Restablecer al Otro en el único estatuto que vale, que es para él el del *lugar de la palabra*, es el punto de partida necesario desde donde cada cosa puede retomar su justo lugar en nuestra experiencia analítica.

Definir al Otro como *lugar de la palabra* es decir que no hay más que el lugar donde la aserción se plantea como verídica. Es decir, asimismo, que él no tiene NINGUNA OTRA ESPECIE DE EXISTENCIA. Pero, como decirlo es aún hacer un llamado a *él*, para situar esta verdad, es hacerlo resurgir cada vez que yo hablo. Y por eso ese decir “*que no hay ninguna especie de existencia*” no lo puedo *decir* pero lo puedo *escribir*. Y por eso escribo S, significante del A mayúscula tachado, **S(~~A~~)**, como constituyendo uno de los puntos nodales de esa red en torno a la cual se articula toda la dialéctica del deseo por cuanto esta se cava desde el intervalo entre el enunciado y la enunciación.

No hay insuficiencia alguna, reducción alguna, a no sé qué gesto gratuito en ese hecho de afirmar que la escritura $S(A)$ juega aquí un rol pivote esencial para nuestro pensamiento. Pues no hay ningún otro fundamento para lo que se llama verdad matemática sino que el recurso al Otro, en la medida en que a aquellos a quienes hablo se les ruega referirse a éste (quiero decir, en tanto gran Otro), para ver allí inscribirse los signos de nuestras convenciones iniciales en lo que corresponde a lo que yo manipulo en matemáticas, que es, muy exactamente, lo que el señor Bertrand Russell, experto en la materia, llegará hasta a atreverse a designar con estos términos: que “no sabemos de qué hablamos ni si lo que decimos contiene allí la mínima verdad”. Y, en efecto ¿y por qué no? Simplemente el recurso al Otro –en la medida en que, en un cierto campo que corresponde a un uso limitado de ciertos signos, es incontestable que, habiendo hablado, puedo escribir y mantener lo que escribí. Si no puedo, en cada tiempo del razonamiento matemático, hacer ese movimiento de vaivén entre lo que articulo con mi discurso y lo que inscribo como estando establecido, no hay ninguna progresión posible de lo que se llama verdad matemática, y ahí está toda la esencia de lo que se llama, en matemática, demostración. Es, precisamente del mismo tipo que aquello de lo que aquí se trata– el recurso al Otro es, en todo efecto del pensamiento, absolutamente determinante.

El *soy* del *pienso* cartesiano no solamente no lo evita sino que se funda en él. Allí se funda aún antes de que se vea forzado a ubicar a este Otro en un nivel de esencia divina. Ya únicamente para obtener del interlocutor lo que sigue – el *luego* del *soy* –, este Otro es llamado muy directamente. Es a él, a la referencia a ese lugar, como lugar de la palabra, que Descartes se remite, para un discurso que llama al consentimiento a hacer lo que estoy haciendo ante ustedes: al exhortarme a la duda no negarán que soy. El argumento es ontológico desde esta etapa y, seguramente, si no tiene el filo del argumento de San Anselmo, si es más sobrio, no por ello deja de conllevar consecuencias que son aquellas que veremos ahora llegar y que son precisamente las que resultan de tener que escribir, con un significante, que este Otro no es otra cosa.

Les había rogado que durante estas vacaciones se remitieran a cierto capítulo de San Anselmo... y para que la cosa no quede en el aire recordaré aquí de qué tipo es ese famoso argumento, que es injustamente menospreciado y que está bien hecho para darle todo su énfasis a la función de este Otro. El argumento no recae, de ninguna manera, como se lo dice en los manuales, sobre el hecho de que la esencia más perfecta implicaría la existencia. El capítulo II

del *Fides quaerens intellectum* articula el argumento de *dirigirse* a lo que él llama lo “insensato”; lo insensato que, dice la Escritura, dijo en su coro: “no hay Dios”.

El argumento consiste en decir: “¡Insensato! Todo depende de lo que usted llama *Dios*, y como está claro que usted llamó “Dios” al Ser más perfecto, no sabe usted lo que dice. Porque, dice San Anselmo, yo sé bien, yo San Anselmo, yo sé que no basta con que la idea del Ser más perfecto exista como idea, para que este Ser exista. Pero si usted considera que está en el derecho de tener esta idea, que usted dice, que este Ser no existe, ¿qué sería usted si por azar Él existe? Pues, usted demuestra entonces que al concebir la idea del Ser más perfecto, forma una idea inadecuada puesto que se halla separada de esto: que este Ser puede existir y que, en tanto existente, es más perfecto que una idea que no implique la existencia.”

Es una demostración de la impotencia del pensamiento en aquel que la articula, por un cierto sesgo de crítica que concierne a la inoperancia del pensamiento mismo. Es demostrarle que al articular algo sobre el pensamiento, él mismo no sabe lo que dice. Por eso, lo que hay que revisar está en otra parte y, muy precisamente, a nivel del estatuto de este Otro, donde no solamente puedo sino donde no puedo hacer otra cosa que establecerme, cada vez que algo se articula que corresponde al campo de la palabra.

En este Otro, como lo escribió recientemente uno de mis amigos, nadie cree. En nuestra época, todo el mundo es ateo, desde los más devotos hasta los más libertinos, si acaso ese término tiene aún algún sentido. Filosóficamente es insostenible todo lo que se funde en una forma de existencia cualquiera de este Otro.

Por eso, todo se reduce en el alcance del *yo soy* que sigue al *yo pienso*, a lo siguiente: que ese *yo pienso* tiene sentido, pero exactamente de la misma manera que tiene sentido cualquier no-sentido. Todo lo que articulan ustedes con la única condición, ya se los señalé, de que se mantenga una cierta forma gramatical (¿acaso necesito volver sobre los *green colourless ideas...*, etc.), todo lo que sencillamente tiene forma gramatical, tiene sentido. Y esto quiere decir únicamente que, a partir de ahí, no puedo ir más lejos. En otras palabras, que la estricta consideración del alcance lógico que implica toda operación del lenguaje se afirma en lo que es el efecto fundamental y seguro de aquello que se llama *alienación*, y que de ninguna manera quiere decir que nos ponemos en manos del Otro sino, al contrario, que nos damos cuenta de la caducidad de todo lo que se funde únicamente sobre ese recurso al Otro, del cual sólo puede subsistir lo que funde el curso de la demostración matemática de un razonamiento por

recurrencia; cuyo tipo es que si podemos demostrar que algo que es verdadero para n , lo es también para $n+1$ ⁵, basta con que sepamos qué sucede para $n=1$ para poder afirmar que lo mismo es verdadero para toda la serie de los números enteros. ¿Y luego?...

Esto no implica en sí ninguna otra consecuencia más que la naturaleza de una verdad que es la que hace poco indiqué con la apreciación de Bertrand Russell: para nosotros, debemos plantear, puesto que algo viene a revelarnos la verdad que se oculta tras esta consecuencia, puesto que no tenemos de ninguna manera razón para retroceder ante esto que es esencial: que el estatuto del pensamiento, en cuanto que se realiza allí la alienación como caída del Otro, está compuesta de lo siguiente: a saber, de ese espacio en blanco que está a la izquierda del *Es*⁶ y que corresponde a ese estatuto del *yo* que es el del *yo* tal como reina, y aquí, indiscutiblemente, sobre la mayor parte de nuestros contemporáneos y que se articula con un *yo no pienso*, ¡no solamente orgulloso sino también glorioso por esta afirmación! Por medio de lo cual lo que lo completa es lo que ahí designé como *Es* y que la última vez articulé como siendo un complemento, es cierto, pero complemento que le viene de la parte caída de esta alienación, a saber, de lo que le viene de ese lugar del Otro desaparecido en lo que queda como siendo el *no-yo* y que llamé –porque es así como hay que designarla, sencillamente así– la ESTRUCTURA GRAMATICAL.

Ciertamente, no es privilegio de un freudiano el concebir la cosa así, lean al señor Wittgenstein: *Tractatus logico-philosophicus*... No crean que porque toda una escuela, que se llama lógico-positivista, nos machaca las orejas con una serie de consideraciones antifilosóficas de las más insípidas y de las más mediocres, que el paso del señor Wittgenstein no sea nada. Este intento por articular lo que resulta de una consideración de la lógica tal que pueda obviar toda existencia del sujeto, vale bien ser seguida en todos sus detalles y les recomiendo su lectura.

En cambio, para nosotros freudianos, lo que esta estructura gramatical del lenguaje representa es exactamente lo mismo que lo que hace que cuando Freud quiere articular la pulsión, no puede hacer otra cosa sino pasar por la estructura gramatical que es la única que da su campo completo y ordenado a lo que, de hecho, cuando Freud tiene que hablar de la pulsión, viene a dominar, quiero decir, a constituir los dos únicos ejemplos QUE FUNCIONAN, de pulsiones como tales, a saber, la pulsión escoptofílica y la pulsión sadomasoquista.

⁵ “lo es también para $n - 1$ ” [Sizaret].

⁶ Arriba a la izquierda de la figura VII-2. Sizaret escucha “S” en lugar de “Es”.

Solamente en un mundo de lenguaje puede tomar su función dominante el *yo quiero ver*, dejando abierto el saber desde dónde y por qué soy mirado.

Solamente en un mundo de lenguaje, como ya lo dije la última vez para señalarlo únicamente de paso, *un niño es golpeado* adquiere su valor pivote.

Solamente en un mundo de lenguaje el sujeto de la acción puede hacer surgir la pregunta que lo soporta, a saber, ¿para QUIÉN actúa él?

Sin duda, nada se puede DECIR sobre lo que concierne a esas estructuras. Sin embargo, nuestra experiencia nos afirma que éstas son las que dominan (y no lo que ronda en no sé qué corredor de la *Asamblea analítica*, a saber, una pulsión “genital” que cualquiera estaría en la incapacidad de definir como tal), que son éstas las que le dan su ley a la función del deseo. Pero esto no puede ser *dicho* sino al *repetir* las articulaciones gramaticales en las que se constituyen; es decir, al exhibir en las frases que las fundan lo que podrá deducirse de las diversas maneras como el sujeto habrá de alojarse allí. Nada, digo, puede ser *dicho* salvo lo que escuchamos de hecho, a saber, el sujeto en su *queja*.

A saber, en la medida en que él no se halla allí, en que el deseo que él funda allí, tiene para él este ambiguo valor de ser un deseo que él no asume, que él no *quiere*⁷ más que *a pesar suyo*. Es justamente para volver sobre ese punto que articulamos todo lo que hemos de desarrollar aquí ante ustedes. Es justamente porque es de esta manera y porque se ha *osado decirlo*, que hay que examinar DE DÓNDE pudo partir ese discurso.

Pudo partir de lo siguiente: que hay un punto de experiencia desde donde podemos ver lo que concierne a la verdad de lo que llamaré como quieran: oscurecimiento, estrangulamiento, sin salida de la situación subjetiva, bajo esta incidencia extraña cuyo resorte último ha de fundarse en el estatuto del lenguaje.

Está al nivel donde el pensamiento existe como: *no es YO quien piensa*.

Este pensamiento –tal como está ahí soportado por esta navecilla (abajo, a la derecha del esquema) que lleva la I mayúscula–, este pensamiento, que tiene el estatuto de los pensamientos de lo inconsciente, implica lo siguiente: que este pensamiento NO PUEDE DECIR –y ese es el estatuto que le es propio– ni *luego soy* ni tampoco el *luego no soy* que sin embargo lo completa y que es su estatuto virtual a nivel del Otro.

⁷ “puede”[Sizaret].

Pues es ahí donde este Otro, y solamente ahí, mantiene su instancia. Es ahí donde el *yo* como tal sólo llega a inscribirse efectivamente con un *no soy* –con un *no soy* que está soportado por el hecho de que se soporte en tantos otros como hay para constituir un sueño, que el sueño, nos dice Freud, es esencialmente egoístico⁸–, que en todo lo que nos presenta el sueño hemos de reconocer la instancia del *Ich* bajo una máscara; pero, así mismo, que es en la medida en que no se articula ahí como *Ich* que allí se enmascara, que allí está presente.

Por eso, el lugar de todos los pensamientos del sueño está marcado aquí, en su parte derecha, por esta área blanca donde se designa que el *Ich* como tal se nos recomienda desde luego encontrarlo en cada uno de los pensamientos del sueño, pero lo que constituirá lo que Freud llama *Trauminhalt* es, a saber, muy precisamente, este conjunto de significantes de los que está constituido un sueño por los diversos mecanismos que son los de lo inconsciente: condensación, desplazamiento, *Verdichtung*, *Verschiebung*. Si el *yo*, el *Ich*, el *ego*, está allí presente en todos, es muy precisamente por el hecho de que allí está EN TODOS, es decir, que allí está ABSOLUTAMENTE DISEMINADO.

¿Qué quiere decir y qué estatuto queda a los pensamientos que constituyen este inconsciente sino el de ser lo que nos dice Freud, a saber, esos signos por los cuales las cosas (en el sentido en que la última vez dije *Sache*, “asuntos”, “cosas de encuentro”), tienen las unas respecto a las otras, esta función de remisión que hace que en la operación psicoanalítica perdamos un tiempo acopiándolas, como en un mundo sin ordenamiento?⁹

Pero, ¿cuál va a ser la operación que realiza Freud, y especialmente en esta parte de la *Traumdeutung* que se llama el *trabajo del sueño*, *die Traumarbeit*? Será la de mostrarnos lo que él articula, lo que articula al comienzo de ese capítulo de la manera más clara y EN TODAS LETRAS (digan lo que digan los personajes que me leen en este tiempo por primera vez y que se sorprenden), que articulo yo desde hace tantos años: ¡que el inconsciente está estructurado como un lenguaje! “*Der Trauminhalt*, el contenido del sueño está dado, *gleichsam*, tal como en una escritura hecha de imágenes (lo cual designa los jeroglíficos, cuyos signos son únicamente *zu übertragen*, para traducir, *in die Sprache*, en la LENGUA de los pensamientos del sueño”; y toda la serie sobre los *Zeichenbeziehung*, sobre la comparación con un *rébus*, sobre el hecho de que un *rébus* sólo se puede comprender si se lo lee y se lo articula, pues, de otra manera, es absurdo

⁸ Cfr. S. Freud, *Ibid.*, p. 258 [D.]

⁹ *inordonné*

ver una imagen, nos dice, compuesta por una casa sobre la cual hay un navío o una persona que está tratando de correr con una coma en el lugar de su cabeza, que todo esto no tiene sentido sino en una LENGUA, y después de habernos dicho que el mundo de los pensamientos del sueño es de naturaleza ilógica...

Les ruego remitirse al texto de Freud; esto no es simplemente para que den fe de lo que es verdaderamente patente y está toscamente ilustrado en cada página, a saber, que nunca se habla más que del lenguaje, sino para que vean que lo que Freud articula, son TODAS LAS MANERAS que existen para que en ese mundo –de las cosas, sin duda, pero, ¿qué quiere decir eso? Eso quiere decir las *Bedeutungen*. ¿Qué hace Freud con aquello a lo cual se remite ese sentido del sueño y aquello a lo cual se remite[n], es decir, en efecto, las imágenes que lo constituyen? Pues mostrar cómo, en una cierta manera justamente de alterar esas imágenes, por ejemplo, se puede designar el índice gracias al cual, en lo que sigue, hallamos todas las funciones gramaticales eliminadas antes, y mostrarnos cómo se expresa la relación de un subordinado con un principal (lean todo ese enorme capítulo VI de la *Traumdeutung*), cómo una relación causal puede expresarse, cómo también hace su entrada la forma de la negación. Y, muy precisamente, hallarán allí cosas cuyo parentesco con los esquemas que les he dado, que les he entregado aquí, les parecerá evidente, como de la función del *o ... o...*, dice él, que sirve para expresar, ya que no se lo puede hacer de otra manera, una conjunción. Y cuando miran de más cerca hallarán allí exactamente lo que les dije: es decir, que en el *o... o...* suspendido entre dos negaciones encuentran justamente el mismo valor que en la negación de esta conjunción.

Seguramente, esas... cosas, si puedo decirlo, les parecerán un tanto más adelantadas en sus resultados que lo que les entrega Freud, pero Freud les entrega lo suficiente como para incitarlos a ir por el mismo camino, es decir que cuando toman el sueño Sezerno (o el sueño en que hay que cerrar o un ojo o dos ojos) se darán cuenta de lo que eso significa, al ver lo que quiere decir: que no se puede al mismo tiempo tener un ojo abierto o dos ojos abiertos, que no es la misma cosa.

En resumen, la legitimidad de la lógica del fantasma es precisamente ese algo para lo cual nos prepara todo el capítulo de Freud para no hablar sino de éste. Nos prepara mostrándonos que aquello de lo que Freud traza la vía es de una *lógica* de esos pensamientos, a saber, esto que

quiere decir: *ella* exige ese soporte del lugar del Otro, que precisamente no puede aquí articularse salvo como un *luego yo no soy*.¹⁰

Así, henos aquí suspendidos al nivel de esta función en un *tú no eres, luego yo no soy*. ¿Acaso esto no les excita sus oídos de cierta manera? ¿No es este el lenguaje, quiero decir, el más inoportuno, del amor mismo?

¿Qué significa esto? ¿Hay que llevar más lejos su sentido? Que de hecho entrega su verdad: *tú no eres sino lo que yo soy*. Todo el mundo sabe y puede reconocer que sí, justamente, en efecto, es esta fórmula la que da el sentido del amor, el amor igualmente, en su emoción, en su ingenuo impulso, como en muchos de sus discursos, no se recomienda como función del pensamiento...

Quiero decir que, si de tal fórmula, *tú no eres, luego yo no soy*, sale el monstruo cuyos efectos en la vida diaria conocemos tan bien, es precisamente en la medida en que esta verdad (la del *tú no eres, luego yo no soy*) es, en el amor, rechazada, *verworfen*. Las manifestaciones del amor en lo real son precisamente la característica que yo enuncio de toda *Verwerfung*, a saber, los más incómodos efectos y los más deprimentes. Esta es, justamente, una ilustración de más ¡donde las vías del amor no han de designarse en ninguna parte como trazadas tan fácilmente!

Seguramente en la época de Descartes esas vías no eran ignoradas, por supuesto, por nadie. Estábamos en la época de Angelus Silesius, quien se atrevía a decirle a Dios: “Si yo no estuviera aquí, pues bien, sería sencillo: Tú, Dios, en tanto Dios existente, Tú tampoco estarías allí”.¹¹ En tal época se puede hablar de los problemas de la nuestra; más exactamente, uno puede volverse a ubicar allí para determinar qué nos hace obstáculo.

¿Qué nos dice Freud si llevamos más lejos el examen de su lógica? Si aún les queda la mínima duda respecto a la naturaleza de esta subversión, que hace de la *Bedeutung* (por cuanto que la volvemos a captar en el momento de su alteración, de su torsión como tal, de su amputación, hasta de su ablación) el resorte que puede permitirnos reconocer allí la función restablecida de la lógica... Si aún les queda la mínima duda, verán desvanecerse las dudas al ver cómo Freud, en el sueño, reintegra todo lo que aparece allí como juicios, ya sean internos esos juicios en la vivencia de ese sueño, pero más aún si se presentan como juicios –en apariencia– al despertar.

¹⁰ Aquí podría traducirse *luego yo no estoy*, puesto que Lacan habla de lugar (del Otro) [T.]

¹¹ Angelus Silesius, Lacan parafrasea *El errante querubínico*, I-106, por ejemplo.

Cuando, nos dice él respecto al sueño, algo, en el relato del soñante, se indica como siendo un momento de vacilación, de interrupción, una laguna (como yo decía en otra ocasión donde daba cuenta de las lagunas), *Lücken*, una *Unterbrechung*, una ruptura, en el relato que yo, en tanto soñante puedo dar, eso mismo ha de restablecerse, nos dice Freud, como haciendo parte del texto del sueño. ¿Y qué es lo que designa esto? Me bastará con remitirme en alguna parte a lo que Freud nos da a manera de ejemplo: “Voy –dice uno de sus soñantes–, con Fraülein K., *in das Volksgartenrestaurant*, en el restaurante del *Volksgarten...*”, y ahí, es el *dunkle Stelle*, es el pasaje del que ya nada se puede decir, él ya no sabe, y luego retoma: “Entonces, me hallo en el salón de un burdel, *in dem ich zwei oder drei Frauen sehe*, donde veo dos o tres mujeres, una en camisa y en calzoncitos”.

Análisis: la Fraülein K. es la hija de su patrón de antes, y lo característico es la circunstancia en que él tuvo que hablarle y que él designa en estos términos: “Nos reconocimos, *man sich erkannte*, *gleichsam*, en una especie de igualdad, *in seiner Geschlechtigkeit*, en su apreciación de sexo, como si se quisiera decir: yo soy un hombre –*Ich bin ein Mann, und du ein Weib*– y tú una mujer”.

He ahí, muy precisamente, por qué se escoge a la Fraülein K.: para constituir la entrada del sueño, pero también, sin duda, para determinar la síncope. Lo que seguirá en el sueño demostrará ser, muy precisamente, lo que viene a perturbar esa hermosa relación plena de certeza entre el hombre y la mujer. A saber, que los tres personajes que están relacionados para él con el recuerdo de ese restaurante y que representan también a las que él encuentra en el salón del burdel son, respectivamente, su hermana, la mujer de su cuñado y una amiga de ésta (¡o de éste, no importa!), en todo caso tres mujeres con las cuales no se puede decir que sus relaciones estén marcadas por un abordaje sexual franco y directo.

En otras palabras, lo que Freud nos demuestra como siendo SIEMPRE y estrictamente correlativo de esta síncope del *Trauminhalt*, de la carencia de los significantes, está desde que, precisamente, es abordado lo que sea que EN EL LENGUAJE (y no simplemente los espejismos de mirarse los ojos en los ojos) cuestione lo que concierne a las relaciones del sexo como tal.

El sentido lógico original de la castración, en tanto que el análisis descubrió su invención, descansa en esto: que a nivel de las *Bedeutungen*, de las significaciones, el lenguaje (en la medida en que es éste el que estructura al sujeto como tal), matemáticamente hablando, hace falta, quiero decir, *reduce* lo que concierne a la relación entre los sexos a lo que designamos

como podemos con ese algo a lo cual el lenguaje reduce la polaridad sexual, a saber, un *tener o no tener* la connotación fálica.

Es, muy precisamente, lo que representa (y solamente representa) el efecto del análisis.

Ningún abordaje de la castración como tal es posible para un sujeto humano salvo en una renovación –en otro piso (separado enteramente de la altura de ese rectángulo que dibujé ahí)– de esta función, que hace poco llamé *alienación*, a saber, donde interviene como tal la función del Otro en tanto que debemos marcarla como tachada.

Es justamente en la medida en que el análisis, a través de su trabajo, viene a INVERTIR esa relación, que hacía de todo lo que era del orden del estatuto del sujeto en su *yo no soy* un campo vacío –sujeto no identificable–, es por cuanto ese campo viene a llenarse (aquí, en la esquina de abajo a la izquierda), que aparecerá inversamente aquí el $-\phi$ del fracaso de la articulación de la *Bedeutung* sexual. *Die Bedeutung des Phallus* titulé (puesto que la pronuncié en alemán), esa conferencia que di sobre “La significación del falo”... Es desde ahí que debe plantearse la pregunta de lo que concierne a lo que DISTANCIA esas dos operaciones igualmente alienantes: la de la alienación pura y simple, lógica, y la de la RELECTURA de la misma necesidad alienante en la *Bedeutung* de los pensamientos inconscientes. Con, en ambos casos, como lo ven, un resultado diferente (puesto que hasta parecen, al mirarlos tal como están ahí, sombreados, oponerse estrictamente el uno al otro).

Es que toda la distancia entre una y otra de esas operaciones consiste, en su campo de partida, en que el uno es aquel (reconstruido) a partir del cual yo designo el fundamento de toda la operación lógica, a saber, la elección ofrecida del *o no pienso o no soy* como siendo el sentido verídico del *cogito* cartesiano; ese desemboca en un *no pienso* y en el fundamento de todo lo que, del sujeto humano, constituye un sujeto sometido especialmente a las dos pulsiones que designé como escoptofílica y sadomasoquista.

Que si algo DIFERENTE¹², que tiene relación con la sexualidad, se manifiesta a partir de los pensamientos de lo inconsciente, es muy precisamente el sentido del descubrimiento de Freud, pero también ESTO con lo que se designa LA RADICAL INADECUACIÓN DEL PENSAMIENTO CON LA REALIDAD DEL SEXO.

¹² *quelque chose d'AUTRE*: ¿algo Otro? [T.]

El asunto no es *franquear* lo que esto tiene de impensable (de impensable y, sin embargo, de salutífero) puesto que ahí está toda la nervadura de por qué Freud se aferraba tan esencialmente a la teoría sexual de la libido.

Hay que leer, en la pluma verdaderamente... chamánica, inspirada –¡sabe Dios! no sé cómo calificarla– de Jung, su estupor, su indignación, al recoger de la boca de Freud algo que le parece constituir no sé qué toma de partido estrictamente anticientífica cuando Freud le dice: “Y sobre todo, además, ¿ah? usted, Jung, no lo olvide, hay que aferrarse a esta teoría. –¿Pero por qué?, le dice Jung. –Para evitar, dice Freud, la *Schlammflut* ¡la marejada de fango! –¿Cuál? –*Del ocultismo*”, le dice Freud, sabiendo muy bien todo lo que implica el hecho de no haber tocado este límite precisamente designado; porque, sin duda, constituye la esencia del lenguaje, en el hecho de que el lenguaje no domina (por ese fundamento del sexo en tanto que está lo más profundamente vinculado con la esencia de la muerte), no domina lo que concierne a la realidad sexual.

Tal es la enseñanza de sobriedad que nos da Freud.

Pero, entonces, ¿por qué hay así dos vías y dos accesos? Sin duda, hay algo que merece un nombre en la operación de la que no hemos hablado, aquella que nos hace pasar del nivel del pensamiento inconsciente a ese estatuto lógico, teórico. Inversamente, la que puede hacernos pasar de ese estatuto del sujeto, en tanto sujeto de las pulsiones escoptofílica y masoquista, al estatuto del sujeto analizado, por cuanto que para éste tiene un sentido la función de castración. Esto, que llamaremos *operación verdad* –porque, al igual que la verdad misma, resopla y se realiza donde quiere, cuando habla– esto, que está ligado con el descubrimiento, con la irrupción de lo inconsciente, con el retorno de lo reprimido, nos permite concebir por qué podemos volver a hallar la instancia de la castración en el objeto núcleo, en el objeto-*core* (c-o-r-e), para decirlo en inglés, en el objeto en torno al cual gira el estatuto del sujeto gramatical, esto puede ser designado y traducido a partir de esa esquina obtenida por el hecho de que el lenguaje es, por su estatuto mismo, “antipático” (si puedo decirlo) a la realidad sexual.

Esto no es más que el lugar de la operación en torno a la cual vamos a poder definir, en su estatuto lógico, la función del *objeto a*.

| |
|--|
| Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila |
|--|